

Gadír y la misteriosa joven del templo

+8

M. Eloísa Caro Durán

ilustraciones: Carmen Ramos



WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Carmen Ramos
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, abril 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

La ciudad de Cádiz ha sido protagonista en grandes acontecimientos históricos como la instauración de la primera Constitución. Su ubicación estratégica atrajo a importantes pueblos de la Antigüedad; es patente la influencia de las grandes culturas del Mediterráneo oriental. Los romanos dejaron muestras de su paso en interesantes restos como las factorías de salazones, o en magníficos monumentos como el teatro. Pero, personalmente, me inclino por destacar la presencia de los fenicios y su exquisita cultura. Contamos con hermosos y variados quemaperfumes, con distinguidas joyas, con figurillas de bronce que nos hablan de la intensa y diversa actividad de la época, con restos de calles y edificios e incluso con un personaje anónimo, al que han llamado Mattan, con otra historia que contar.

Gadir y la misteriosa joven del templo

I

-Otra vez tú. Eres más tozudo que todas mis mulas de carga juntas. No, no y no, es la enésima vez que te lo digo. Es que nunca vas a desistir. -Muy lentamente, casi palabra por palabra recalcó-: No quiero tus salazones, yo sólo comercio con la plata de Tartesos. Creo que ya es hora de que lo vayas aceptando, muchacho.

-Mis salazones son los mejores de toda Gadir. Están elaborados con atunes de una longitud y un grosos asombrosos. Mire, le he traído uno para que compruebe que conservan todo su sabor -reliqué mientras colocaba el ejemplar ante sus narices.

-¡Ahh! -gritó Ahiram desesperado y apartándolo de un manotazo. Con tanto aspaviento incluso su enorme brazalete dorado, que parecía incrustado en la piel, también estuvo a punto de salir volando.



-Ni con aceite hirviendo me libraré de ti.

-Márchate ya –dijo-, ni aunque le ofrezcas el mayor de los sacrificios al poderoso Melkart te ayudará a que cambie de opinión.

Esbocé una resignada sonrisa y, sin nada más, me despedí con un “hasta pronto”.

Aquello sólo había sido otro intento fallido, pero, por supuesto, no iba a ser el último. Algún día mis salazones llegarán incluso hasta Tiro, la capital de todos estos comerciantes fenicios. No tengáis la menor duda.

Vaya mal carácter el del viejo Ahiram. Dicen que un incidente muy doloroso cuando era joven, durante uno de sus primeros viajes, lo marcó para siempre. Desde entonces, le cambió totalmente el carácter; nunca ha vuelto a salir de casa, vive recluido con su pena y con los servidores.

A pesar de todo, yo adivino en su semblante las marcas de un buen hombre.

Su ayudante de confianza, Abimelek, se encargaba de gestionar los negocios. Seguía las instrucciones de Ahiram sin desviarse un palmo de sus deseos.

II

- ¡Abimelek! -gritó el comerciante, mientras yo me marchaba.

Al salir de la sala, vi cómo el fiel servidor, antes de presentarse ante Ahiram, quemaba en un horno varios papiros enrollados precipitadamente. Antes de que las llamas los engullesen, me percaté de que los sellos de arcilla que velaban el secreto de los documentos ya no estaban intactos.

Al cruzarse conmigo pude apreciar cómo Abimelek lucía un peculiar anillo de plata en la ventana izquierda de la nariz que llamó mi atención. Qué incómodo debía ser aquel adorno, pensé.

- ¿Cómo que ha desaparecido el cargamento de plata? -le recriminó Ahiram a su sirviente.

Al escuchar aquello permanecí tras la puerta unos instantes.



-Tampoco hay rastro de los dos portadores y el conductor del carro falleció anoche, antes de que pudiera darnos alguna explicación. Ocurrió en el incendio que también acabó con la vida del pobre Mattan.

-Quiero que lo encuentres inmediatamente y averigües quién ha tenido el valor de robarme a mí, al más grande comerciante de Gadir.

Aquel parecía un asunto apasionante, pero yo me marché recordando las palabras que me dijo Ahiram: quizás tenía razón y había llegado la hora de conocer a ese tal Melkart, a ese dios fenicio que con sólo un regalito lo conseguía todo.

III

Escoltado por varias nubes negras tintadas de añil, me dirigí hacia la zona oriental de la isla, hacia el templo de Melkart.

En el exterior, el ir y venir de comerciantes me impedían apreciar ese recogimiento especial de los lugares sagrados.

Crucé el muro exterior y me adentré en el gran patio que circundaba el templo. Todo aquello era nuevo para mí. Reconocí a varios artesanos y productores de Gadir, que cerraban tratos con mercaderes fenicios ataviados con largas túnicas decoradas con franjas de colores y tocados con sus típicos gorros cilíndricos. Al parecer, teniendo aquel dios como testigo el pacto tenía todas las garantías. Si eso era cierto, muy pronto yo también estaría entre ellos.

Varios quemaperfumes -rematados por estilizadas figurillas de animales- colocados sobre el pódium del edificio principal del templo, junto a las dos columnas adosadas al muro exterior, desprendían un intenso aroma a incienso y a otras hierbas aromáticas que no alcanzaba a distinguir.

Próximo a uno de los laterales exteriores del templo, el fuego inacabable ardía sin descanso en un pebetero de bronce.

Frente a la entrada principal del templo había un altar de piedra.



Un sacerdote con la cabeza rasurada, los pies descalzos y una túnica de lino blanco hasta los tobillos, subió los cinco peldaños con un pequeño cordero entre las manos que no paraba de moverse. Colocó el animal sobre el ara y alzó un cuchillo con su mano derecha.

Pero ¿qué iba a hacer aquel insensato? Sin duda, lo que yo estaba imaginando. Vaya dios que tenía aquella gente. Para qué necesitaba una divinidad a ese manso animalillo. Sin perder de vista la inocente mirada del indefenso corderito comencé a caminar hacia él, supongo que con la valiente intención de liberarlo.

De repente algo se interpuso en mi camino. Tras el tremendo estruendo y el desconcierto inicial me percaté de que había chocado con una joven de tez oscura y largos cabellos. ¡Era tan hermosa!; ella sí que podría ser una auténtica diosa. ¿Quién era realmente aquella joven, cuyos ojos negros irradiaban una luz tan especial?

IV

-Pero qué has hecho -dijo-. No te das cuenta de que me has tirado el jarro en el que portaba el agua del lago sagrado para purificar al gran dios.

-No te preocupes, volveremos a llenarlo -respondí-, seguro que él lo entenderá.

-Es un sacrilegio, Melkart se habrá enojado y probablemente perderemos su favor.

“Pues sí que es exigente”, pensé yo, “lo que me hacía falta”.

-Seguro que estará encantado con el sacrificio que tengo previsto para él -le anuncié sin meditarlo siquiera. Sólo pretendía contentarla, calmar su angustia y verla sonreír.

-Vaya, ¿cómo te llamas? -dijo cambiando el tono de su voz.

-Soy Norax, el mejor productor de salazones que encontrarás en Gadir y muy pronto también al otro lado del mar. Y tú, ¿quién eres?

-Soy Amat-Melkart, mi nombre significa la sierva de Melkart. Vivo aquí, en esta ciudad, a la que llaman “la señora del océano”, desde que era pequeña. El barco que me traía de Tiro a Gadir junto a mi familia, para darle una sorpresa a mi padre y reunirnos aquí con él, naufragó. Únicamente yo sobreviví; los sacerdotes entonces me acogieron en el templo y a partir de ese día el dios Melkart me protege. Pero no hablemos más, vamos a por el animal para celebrar el sacrificio, porque no veo que traigas ofrenda.

Me llevó hasta la puerta de entrada donde había unos paneles de piedra.

-Mira, éstas son las tarifas de los sacrificios, no sé si ya las conoces. ¿En qué animal habías pensado?

Pero qué se había creído aquel dios; además de quitar la vida a un pobre animal, había que pagar unas cantidades desorbitadas.

Me costó tanto reaccionar que Amat insistió.

- ¿Qué?, te cuesta decidir.



-Sí, sí -respondí-, eso es, no sé si elegir un buey, una oveja.
Creo que lo mejor será volver otro día.

Me hubiera quedado allí para siempre con ella, pero no tuve más remedio que abandonar el recinto sagrado si no quería estropearlo todo.

V

A la mañana siguiente, como era habitual, cuando el sol comenzaba a despuntar, y con los ojos aún medio cerrados, me presenté en la factoría donde mi padre ya había iniciado las tareas diarias. Él se dedicaba a extraer las vísceras de los atunes y a limpiarlos. Yo era el encargado de las piletas. Comencé a colocar una capa de pescado y una de sal, otra de pescado y otra de sal.

De repente, los perros dejaron atrás su letargo a la sombra de una encina y comenzaron a ladrar con insistencia, advirtiéndonos de que alguien se aproximaba por el camino. Cuando me acerqué para ver de quién se trataba, vi un carro (tirado por dos fuertes caballos negros y no por bueyes como

era lo habitual) que pasaba a toda velocidad, o más bien a la velocidad que el camino le permitía antes de destrozarle alguna rueda. El conductor miró hacia atrás el tiempo suficiente para reconocerlo. Se trataba de Abimelek, la mano derecha de Ahiram.

El desmedido traqueteo que sufría el carro provocó que algo cayese al suelo.

Me acerqué y pude comprobar que se trataba de un preciado vaso de alabastro, una pieza magnífica, de gran valor. Nos hubiese venido muy bien para ampliar la factoría y mi primera intención fue quedarme con él. Sin embargo, pensé que si mi objetivo era entablar relaciones comerciales con Ahiram sería mejor devolvérsela, y probablemente con aquel honorable gesto ganaría su favor.

-¡Abimelek! -grité, levantando la mano e indicándole que se detuviera.

Pero al verme espoleó aún más a los caballos; parecía que lo persiguiera un fantasma.



VI

Abimalek iba en dirección al templo y, sin dudarlo, decidí seguirlo. Desde el día anterior aquel lugar se había convertido en uno de mis rincones favoritos.

Con los pies empapados de barro entré al recinto sagrado donde todo me resultaba ya familiar. Mis ojos se fueron directamente hacia el lago sagrado. Entre varios personajes anónimos, a los que invitaba a que se apartaran con gestos mudos, se hallaba Amat. En aquella ocasión llevaba el cabello recogido en lo más alto de la cabeza y vestía una túnica azulada con cenefas oscuras adornando los extremos de las mangas y el cuello.

Al percatarse de mi presencia, ella se acercó hasta mí con pasos cortos y esquivando a los comerciantes.

-Has vuelto, ¿qué te trae por aquí?

Antes de poder reaccionar, ella continuó hablando:

-Ah, veo que ya traes la ofrenda para nuestro dios Melkart.



“Qué ofrenda”, pensé yo, “cómo que voy a emplear mis modestos recursos en los caprichos de ese dios ambicioso e insaciable”.

Entonces me percaté de que llevaba en la mano el vaso de alabastro y de forma inconsciente respondí:

-Claro, eso es, aquí estoy de nuevo con esto...

-Es un magnífico presente -dijo ella-, Melkart se alegrará y seguro que contarás con su protección. Aunque te confesaré un secreto. Yo sé cuál es la ofrenda que más le agrada a nuestro querido dios Melkart. En mis sueños aparece cada día una pequeña caja de madera recubierta con plaquitas de mármol, en cuyo interior se guarda un anillo de oro. Yo intento cogerla para entregársela a Melkart, pero soy incapaz. Él me sonrío y yo siento que la desea tanto como yo, tal vez porque está elaborada con la madera de los cedros nacidos en nuestros inmensos bosques fenicios.

Algún día me encantaría ofrecerle una igual a Melkart para obtener todo su favor; de este modo, me ayudaría a conseguir mi verdadero sueño. Sólo él puede hacerlo.

- ¿Y cuál es ese sueño?

-Me gustaría saber quién fue mi familia, a la que apenas recuerdo, y cuál es mi pasado. Pero, vamos, te estoy entreteniendo, entremos en el templo -dijo de repente. Esbozó de nuevo su sonrisa y me acompañó al interior.

En la amplia sala principal el sacerdote recogió el vaso de alabastro, que casi me tiene que arrebatarse de entre las manos. Lo colocó junto a cientos de figurillas de bronce, vasijas de cerámica y joyas de todo tipo. Yo miraba aquel botín como el gran tesoro inalcanzable que cualquiera hubiera deseado. Vaya, vaya, podríamos decir que ese tal Melkart era un dios muy rico, demasiado diría yo, para un cuerpo como el suyo que ni siquiera sabemos dónde está.

Amat parecía satisfecha. El sacerdote se retiró y ella se despidió de mí.

-Espero volver a verte.

-Sin duda -dije yo.

La seguí con la mirada hasta que desapareció.

De pronto recordé que yo había llegado hasta allí siguiendo a Abimelek. Lo busqué por todas partes, pero ya no había ni rastro de él ni del carro.

En cualquier caso, ya no tenía el alabastro para devolvérselo. Así pues, regresé a la factoría.

VII

Atardecía, y ese viento de levante que de vez en cuando alborota nuestra tierra soplaba con tanta fuerza que hubiera podido arrancar incluso los cimientos de la muralla.

Pasé ante el puerto y algo extraño llamó mi atención. En uno de esos barcos, a los que llaman “caballitos” por su proa en forma de caballo, había una excesiva e inusual actividad a esas horas de la tarde. El primer reflejo de la luna que acababa de aparecer se posó en el aro que adornaba la nariz de Abimelek. Desde cubierta él era quien dirigía aquellas extrañas maniobras. Varios hombres cargaban ánforas de las que se utilizan habitualmente para el transporte de salazón. Parecían demasiado pesadas para ese tipo de productos.

Pero..., qué hacía Ahirán comerciando con salazones; él me dejó muy claro que ésa no era su intención. Me había mentido o algo muy raro estaba ocurriendo allí. Me acerqué para investigar, pero nada más pisar el andén sentí un tremendo golpe en la cabeza.

Cuando desperté ya había amanecido, sólo se escuchaba el jugueteo de las olas con la arena. Una siniestra calma me llegaba del barco sospechoso, al que vislumbraba entre varios juncos vencidos por la humedad del mar.

Quién había atentado contra mí y por qué, me preguntaba sin descanso.

Me habían dejado en una zanja cubierta por espesos matorrales, pero enseguida conseguí deshacerme de las zarzas que me abrazaban insistentes y salir de allí.

Me acerqué al barco con sigilo intentando no ser descubierto. Subí a bordo, los marinos aún dormían. Sólo un guardia vigilaba: sentado junto al timón abrazaba una jarra que vertía sus últimas gotas de vino; no fue difícil esquivarlo. Bajé a las bodegas, oscuras y silenciosas, y abrí una de aquellas



ánforas. Efectivamente, tal y como había imaginado, no portaban salazones; contenían plata.

Unos recipientes poco apropiados para tal mercancía, que sólo eran la tapadera de un delito y que me llevaron a confirmar mis sospechas. Abimelek no era un sirviente tan fiel como Ahiram creía.

Todo estaba preparado para que el barco zarpara.

Debía darme prisa si quería evitarlo, aunque no sabía muy bien qué hacer. Subí a cubierta y, desorientado, intenté buscar un remedio.

Lo único que conseguí fue tropezar con una enorme cuerda y enredarme con la vela cuadrada del barco que reposaba parcialmente enrollada sobre cubierta. Estaba dispuesta para ser izada y llenarse de viento en altamar.

Al intentar escapar, pataleé agobiado y mi pie derecho traspasó la tela provocando un enorme agujero. Inmóvil, lo observé durante unos instantes y...

¡Eso es, allí estaba la solución! Ayudado por unos clavos que encontré junto al mástil, rasgué la tela cuanto me fue posible, dejándola por el momento totalmente inservible.

Bajé del barco y corrí más veloz que un galgo hasta la ciudad.

VIII

Crucé el barrio de los alfareros y serpenteé por varias calles estrechas hasta llegar a la fachada amarillo-verdosa que lucía la casa de Ahiram.

Tropecé en el umbral, elaborado a base de conchas de diferentes especies y, trastabillado, me planté ante el comerciante.

Aunque sin aliento, antes de que al verme Ahiram pudiera decir...: "Es la duodécima vez que...", le dije yo:

-Si quiere recuperar su cargamento de plata perdido, yo sé dónde está.

- ¿Qué?, no es posible. No se tratará de una treta tuya para que compre esos dichosos salazones. Si es así, mandaré que te azoten hasta que no brote sangre.

- Uf, menudo temperamento...

Le di todos los detalles de lo que estaba ocurriendo y enseguida envió a dos de sus sirvientes para que comprobasen si era cierto.

Yo me disponía a salir con ellos, pero Ahiram colocó su enorme mano en mi hombro y me sentó en un banco de piedra que recorría una de las paredes de la habitación.

-Tú te quedas aquí y ambos esperaremos a que mis hombres regresen. Si no es cierto lo que dices, atente a las consecuencias; ni la benevolencia de Melkart te ayudará.

IX

Ahiram se sentó en un amplio sillón ante una pequeña mesa de tres patas, recolocó con cuidado su túnica púrpura (el color de los nobles, que obtienen los fenicios de unos pequeños

moluscos abundantes en sus costas) y cogió uno de los dátiles que colmaban un plato sobre la mesa para llevárselo a la boca. Aunque lo que verdaderamente llamó mi atención fue una cajita que había junto a la jarra de cerámica roja. El tipo de madera con el que había sido elaborada, los adornos e incluso el contenido que dejaba ver la tapa entreabierta, todo me resultaba familiar.

Después de mirarla durante un rato me entretuve observando las teselas de mármol que conformaban el suelo; sólo en un rinconcillo se reflejaba la escasa luz que emitía una sencilla lámpara de arcilla desde su estrecha hornacina en la pared.

Los sirvientes iban y venían cruzando el patio interior al que se asomaba la estancia donde aguardábamos.

Pasaba el tiempo y ambos comenzábamos a inquietarnos. Ahiram se levantaba del sillón, entrelazaba los dedos de ambas manos a la altura del cuello y volvía a sentarse.

Yo contaba las ranas que jugueteaban saltando desde el borde de un pequeño estanque de agua verdosa ubicado en el centro del patio.

Cuando la paciencia se iba agotando, escuchamos pasos apresurados que entraban en la casa. Eran ellos: los sirvientes que bajaron al puerto habían regresado. Apartaron las cortinas que separaban la estancia del pasillo y se presentaron ante Ahiram.

-Señor, este hombre tiene razón. Su cargamento de plata estaba preparado para ser enviado a Tiro por su hombre de confianza. Al parecer, Abimelek no se conformaba con sacar una parte de los cargamentos, algo que usted ya conocía y permitía mirando hacia otro lado. En esta ocasión quería más, se había propuesto dar el gran golpe de su vida y desaparecer con la plata. Pero no tema, hemos llegado a tiempo para detenerlo.

-Ese malnacido -dijo Ahiram-, lo tenía todo y ahora no tendrá nada.

-Marchaos y traedlo ante mí. Quiero que me mire a la cara antes de que sufra su castigo.

Luego se dirigió a mí y dijo con cierta resignación:

-De acuerdo, lo has conseguido, compraré tus exquisitos salazones.

-Hombre, por fin se ha dado cuenta de que mis salazones son los mejores.

Ahram resopló paciente.

-Agradezco su propuesta, aunque yo querría pedirle algo más.

-Uf, tus padres deben ser los mejores comerciantes de Gadir. Dime de qué se trata ahora, sorpréndeme.

-Esa caja... -dije, señalando la mesa.

El comerciante se quedó pensativo, y al cabo de un rato respondió.

-En ella guardo los sellos con los que lacro la correspondencia. Me acompaña desde siempre, pero tal vez haya llegado el momento de aceptar el pasado y comenzar a vivir de nuevo. Toma, te has portado como un joven valiente y nadie mejor que tú para poseerla.

Le costó desprenderse de ella, pero finalmente extrajo su anillo y me la entregó.



- Gracias, señor Ahiram, le aseguro que su gesto traerá mucho bien.

X

Salí corriendo de allí y me dirigí hacia el templo de Melkart. Necesitaba hablar con Amat, tenía algo muy importante para ella.

El sol brillante de la bahía me acompañó hasta la entrada.

Enseguida la encontré; como siempre, se hallaba cerca del lago sagrado.

- ¿Qué te trae por aquí? -dijo al verme-. Estás sofocado, ¿qué te ocurre?

- Mira, te he traído un regalo, es una caja elaborada con madera de cedro, tiene incrustaciones de marfil, exactamente igual que la de tu sueño, la que desea tu dios Melkart. Ahora él te ayudará a conocer tu pasado.

Ella la cogió entre sus manos y al verla de cerca, una irreconocible expresión en su cara me alarmó.

- ¿Qué sucede? -dije.

-Esta caja forma parte de mis orígenes, recuerdo a mi padre guardando su anillo en ella. ¿De dónde la has sacado?, vamos, dímelo, rápido.

-Me la ha dado un noble comerciante fenicio.

-Llévame hasta él.

Volamos por el camino, ni todo un ejército armado hasta los dientes la hubiera detenido.

Llegamos exhaustos a la casa de Ahiram; aún había luz en el interior y a pesar de que era ya muy tarde, nos recibió.

-Qué quieres ahora, muchacho, eres incansable -dijo alzando las manos en señal de desesperación.

Pero al ver a la joven, que enseguida se había colocado frente a él portando la pequeña caja de madera entre sus manos, no hizo falta decir nada más. Ahiram la miró a los ojos y solamente pudo balbucear entre lágrimas:

-Hija mía, nunca olvidaré esa luz tan especial que irradian tus ojos y que reconocería en cualquier parte de la tierra.



Ambos se fundieron en un interminable abrazo. Había tanta emoción en la sala que resultaba imposible contener las lágrimas; hasta las ranas del estanque croaban emocionadas desde la orilla.

Bueno, pues tal vez haya llegado el momento de tener en cuenta a ese tal Melkart.

FIN

GLOSARIO

ALABASTRO: Piedra de yeso muy utilizada en la Antigüedad para la elaboración de diversos tipos de vasijas.

ÁNFORA: Recipiente cerámico de gran tamaño con dos asas y un largo cuello estrecho, muy empleada en la Antigüedad para el almacenamiento y el transporte de diferentes productos como el aceite, el vino, los cereales o el pescado.

FENICIA: Antigua región del Cercano Oriente que comprendía los actuales territorios de Israel, Siria y Líbano. El pueblo fenicio fue una de las grandes civilizaciones antiguas que contó con importantes ciudades como Tiro o Sidón (1200 a.C. - 539 a.C.). El comercio con otros pueblos como Egipto o Persia era una de sus principales actividades. Exportaban la valiosa púrpura que elaboraban, o la madera de cedro que producían sus bosques. Apoyados en sus expertos navegantes crearon colonias como la de Gadir.

GADIR: Nombre fenicio de la actual ciudad de Cádiz, cuyo significado es “fortaleza” o “recinto amurallado”.

MELKART: Divinidad fenicia de la ciudad de Tiro.

PEBETERO: Recipiente en el cual se quemaban sustancias aromáticas.

PÚRPURA: Tinte que los fenicios obtenían de un pequeño molusco que abundaba en sus costas. Para obtener una pizca de púrpura hacían falta muchos moluscos, por ello las prendas teñidas de este color eran principalmente para reyes o nobles.

QUEMAPERFUMES: Recipientes de cerámica o metal con formas muy diversas empleados para quemar perfumes. Eran muy frecuentes en las culturas antiguas del Mediterráneo.

SALAZÓN: Método utilizado para conservar ciertos alimentos como el pescado. Desde la Antigüedad se tiene constancia de factorías de salazones en Cádiz, donde se trabajaba con el atún y otros pescados de la zona.

TARTESOS: Civilización que se desarrolló durante la Edad del Bronce y del Hierro principalmente en la zona que ocupan actualmente las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz; también se extendió por la costa suroeste de la península y Badajoz. La base fundamental de su riqueza se basaba en la

explotación de minerales como el oro, la plata o el estaño.
Tuvo influencias culturales de egipcios y fenicios con los que
comerció.

TESELA: Pequeña pieza de piedra, terracota o vidrio coloreado
que se utiliza para confeccionar mosaicos o pavimentos.

La autora

M. Eloísa Caro Durán

M. Eloísa es licenciada en Historia, especialidad de Arqueología. Sus relatos nos sumergen en el fascinante mundo antiguo con un carácter eminentemente didáctico pero con una total fiabilidad histórica.

Es una apasionada defensora del Patrimonio Cultural definiéndolo como “todo aquello que se conoce, se aprecia, y por lo tanto se respeta”. Con sus relatos, la autora desea dar a conocer y divulgar nuestro patrimonio Histórico y Arqueológico.

Eloísa ya ha publicado varios libros de relatos históricos entre los que podemos citar *El secreto de la seda* en Editorial Editarx y Amazon, *Pasadizo en el tiempo*, en Amazon, *Microhistorias en Hispania*, en Amazon, y *Pedacitos de Historia. Sorbitos de Arqueología*, en Amazon.

Con nuestra editorial ha publicado [La Historia y sus historias](#), [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y seguirá colaborando con nuestro proyecto. Es un lujo tenerla con nosotros.

Cabe destacar su blog sobre historia. Podéis visitarlo en <https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/>

M. Eloísa también realiza charlas-taller para institutos, colegios, museos, bibliotecas, asociaciones de historia, de lectura y entidades culturales. Tenéis más información en

<https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/charlas/>

Contacto: pedacitosdehistoria@gmail.com

La ilustradora

Carmen Ramos

Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

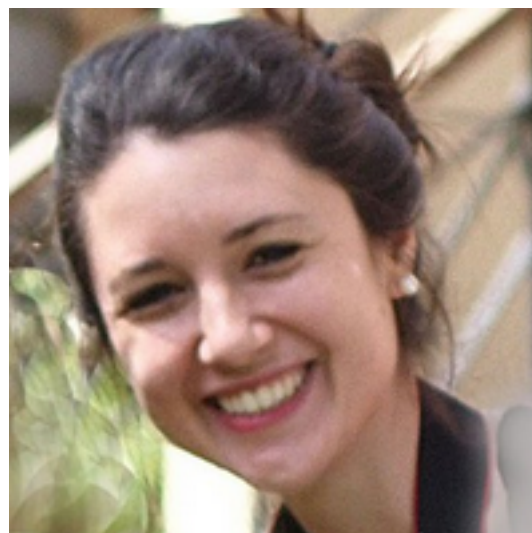
Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Ha ilustrado nuestros libros [Peppoff y Kampeón](#), [El libro mágico de la Naturaleza](#), y [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y se encuentra en proceso de ilustrar otros tres libros más. Estamos encantados con ella.

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visitad:
<https://www.behance.net/carmenisa>

Contacto: carmenisa@gmail.com



La editorial **WeebleBooks**

WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico!
Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com



Otros libros publicados de la autora

Complutum pata arriba

Pequeñas historias de grandes civilizaciones

La historia y sus historias

Conspiración en Tarraco

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Pequeñas historias de grandes civilizaciones

La Historia y sus historias

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Espárragos en apuros!

El equilibrista Alarmista

Uh, el cromañón

El lápiz que deseaba escribir sólo

Mitología básica para todas las edades

Descubriendo a Dalí

Cocina a conciencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

El lazarillo de Tormes

El ratoncito y el canario

Mi primer libro de historia

OVNI

La tortilla de patatas

De la Patagonia a Serón

Mi amiga Andalucía

El mago detective

¿Te ha gustado WeebleBooks y quieres ayudarnos?

Fomentamos la lectura y la educación para tod@s

Mantener WeebleBooks en funcionamiento tiene un coste importante, pero siempre hemos creído que el lector no debería pagar por poder leer nuestros libros, para hacer así lo más accesible para todos esta nueva forma de educación a través de la lectura.

Aún así, cualquier ayuda que puedas darnos para seguir adelante con nuestro proyecto es más que bienvenida. Puedes hacerlo a través de un donación, a partir de 1€, todo ayuda y te agradecemos tu esfuerzo.

<http://www.weeblebooks.com/es/dona/>

Muchas gracias,
El equipo de WeebleBooks



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si después de leer nuestros libros quieres comprar un libro impreso, te lo llevamos a casa. Visita nuestra tienda on-line.

www.weeblestore.com

Para vuestros hijos y amigos

Vuestros hijos tendrán la oportunidad de conocer historia, literatura, pintura o el universo que les rodea a través de nuestros libros educativos.

Un regalo divertido

Ofrecemos libros educativos pero a la vez divertidos, amenos y modernos. Libros que atrapan y desarrollan su imaginación y que ya se usan como complemento en colegios.

Ayuda a nuestro proyecto

Al comprar nuestros libros impresos no sólo te llevas un libro, también colaboras con nuestro proyecto para que sigamos publicando GRATIS libros educativos en formato digital. Muchas familias que no tienen recursos te lo agradecerán.

www.weeblestore.com



Te enviamos a casa los libros impresos

visita nuestra tienda
weeblestore.com

The advertisement features a collection of book covers. The top row includes 'EL MEU PRIMER VIAJE AL SISTEMA SOLAR', 'THE DISCOVERY OF AMERICA', and 'DESCUBRIENDO A DALÍ'. The bottom row includes 'EL LAZARILLO DE TORMES' and 'DESCUBRIENDO A VAN GOGH'. Each book cover is illustrated with colorful, child-friendly graphics.

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web

WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Carmen Ramos
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, abril 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>